

LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES

Por CLEMENTE RICCI

Si el valor de una disciplina científica se aquilata por su eficacia en promover la evolución del espíritu humano hacia la liberación del yugo del "principio de autoridad", peor que el yugo de la ignorancia, puede afirmarse sin vacilar que pocas ciencias ofrecen hoy interés y utilidad individual y social como la ciencia o historia crítica de las Religiones.

Desalojado el "principio de autoridad" de todas las ramas del saber por el "método científico", y desalojado con él el dogmatismo apriorístico y deductivo, mantiéñense ambos, sin embargo, atrincherados en el castillo del conocimiento religioso. La libre investigación, es decir, el método inductivo exento de postulados dogmáticos y de anticipaciones oraculares ganó su batalla en todos los campos del conocimiento, menos en el religioso. Aquí impera aún el dogma burdo, absurdo y agresivo; o bien perdura el escepticismo burlón y abstinerente, tan anticientífico como el dogma. La cultura argentina, poniéndose a tono con la cultura universal, considera como problema todo fenómeno en el cosmos y en la historia; pero no el fenómeno religioso. El fenómeno religioso es, para ella, axioma. Axioma positivo o negativo. Positivo para los que se dicen creyentes, negativo para los demás.

Es este el punto — tal vez único — en que la cultura argentina ha quedado rezagada con respecto a las culturas hegemónicas.

En éstas el fenómeno religioso no es axioma sino problema; y no sólo es problema sino que es el problema central y medular de las ciencias históricas, filosóficas y sociales. Elimínese el problema religioso de la cultura alemana, inglesa

o francesa y quedarán reducidas a un cuerpo sin alma, a una llama sin luz.

¿De dónde proviene esta diferencia desfavorable para nosotros? La respuesta es obvia. La herencia colonial predomina aún en esta parte de América, y con ella la oposición con que España, por causas históricas bien conocidas, persiguió la crítica religiosa. La religión ha sido en sus manos un instrumento de unificación nacional y de conquista; la Iglesia, a su vez, que ha sido la aliada de España en la unificación estadual y en la conquista, tiene su única razón de ser en el dogma. Esto nos da la razón de la implacabilidad con ha sido combatida la crítica religiosa por el Estado y por la Iglesia, en España y acá. La discusión religiosa que atacaba el dogma, se extendía por proceso ineludible a los fundamentos políticos y sociales del Estado, y el común peligro mancomunaba la Iglesia y el Estado contra la herejía primero, contra la ciencia después como incitación revolucionaria a la transmutación de las bases sociales. En el Imperio hispánico se renovó, por obra de la herejía y de la crítica, la situación creada en el Imperio romano por el advenimiento del Cristianismo, el cual ha sido precisamente herejía y crítica religiosa. Diocleciano revivió en Felipe II.

Lo que no tiene explicación, lo que cuesta comprender es, en cambio, la persistencia entre nosotros de esta oposición aun después del sacudimiento del año 10 que, junto con la independencia trajo una revolución del espíritu público tan completa como para transformar, en poco más de una generación, al hombre argentino en hombre francés en cuanto al sentir y al pensar, en hombre inglés y norteamericano en lo que respecta al concepto del Estado democrático y liberal. Es un enigma, pues; la indiferencia, podría decirse, la antipatía argentina para la crítica religiosa.

¿Cómo pudieron descuidar tan completamente, los contemporáneos de las presidencias históricas de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, organizadores de las instituciones culturales argentinas sobre el modelo francés, un elemento de cultura que en las escuelas de Francia gozaba de preferencia tan excepcional? Recuérdese que ya en el año 1886 la *École Pratique des Hautes Études* organizaba su *Section des*

Sciences Religieuses nada menos que con once cátedras en las que se explicaban: las religiones del extremo oriente y americanas; las religiones de la India; las religiones de Egipto; las religiones de los pueblos semíticos; las religiones de Arabia; las religiones de Grecia y Roma; las historia de los orígenes del cristianismo; la literatura cristiana; la historia del dogma; la historia de la Iglesia; la historia del Derecho canónico. Y como si la acción inmediata de esas once cátedras no hubiese sido suficiente, se generalizó su enseñanza con la publicación de una **Bibliothèque des Sciences Religieuses** y de la famosa **Revue de l'Histoire des Religions** con las que Francia se ponía a la altura de Alemania e Inglaterra en una ciencia elaborada en ella por hombres de la talla de ambos Cocquerel, padre e hijo, ambos Réville, padre e hijo, Renan, Loisy, Guignebert y toda una pléyade de sabios.

¿Las dificultades económicas? Ciertamente la Argentina de Caseros y Pavón no podía ponerse al nivel de la Francia del segundo Imperio. Pero ahí estaba le ejemplo de Italia que, a pesar de debatirse por esa misma época, en dificultades de todo género, no descuidaba el gran problema cultural.

Ya en el año 1861 enseñaba Filippo Abignente, en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Nápoles, Historia de la Iglesia; en 1873 enseñaba Historia de las Religiones. La obra de Abignente, innegablemente mediocre, tuvo, sin embargo, un gran mérito. El de preparar el terreno al esclarecido Mariano quien, a su vez, fué sucedido por Labanca, uno de los críticos más apreciados en la actualidad. Luego los italianos se distinguieron en la aplicación del método filológico a la crítica religiosa. Teza, el gran indianista a quien debemos obras fundamentales sobre el Budismo, ha sido profesor de sánscrito y de Historia comparada de las Lenguas clásicas en la Universidad de Pádua. Kerbaker, sanscritista ilustre de la Universidad de Nápoles, es autor de estudios sobre mitología comparada, el culto de los muertos y la poesía rigvédica que, con sus traducciones del **Mahâbhârata** y del **Bhagavadgîta**, son muy apreciados. Lo mismo dígame de las obras de Puini y Pavolini. ¿Recordaremos a Chiappelli, cuyos estudios sobre literatura cristiana y cristianismo primitivo, son bien conocidos, entre nosotros? No

todos, en cambio, saben lo que la crítica religiosa debe a Celestino Schiaparelli, profesor de árabe, y a Ludovico Nocentini, profesor de chino, autores de escritos excepcionalmente valiosos sobre religiones orientales. Como hebreístas bastará mencionar a Scerbo, profesor de hebreo en el **Regio Istituto di Studii Superiori** de Florencia, a Castelli, profesor en el mismo **Istituto** y a Guida profesor de hebreo y de idiomas semíticos comparados en la Universidad de Roma. Discípulo de Guidi ha sido el Príncipe de Teano, don León Gaetani, el famoso arabista cuyos **Annali dell'Islam** gozan de tanta estimación entre los entendidos. A la ciencia del cristianismo se ha dedicado en Italia, y se dedica actualmente, una verdadera legión de occidentalistas que hacen figurar con honra a su país en el mundo de la cultura, a más de Mariano y Labanca ya nombrados, Bonghi, Minocchi, Bonajuti, Fiori y otros.

El ejemplo de Italia tiene especial valor para nosotros. No obstante su tradición secular, Italia ha tenido que crearse una cultura nueva luchando con dificultades tan graves, sino más, como las que obstaculizaron la formación de la cultura argentina. Téngase en cuenta, para la crítica religiosa, que Italia es la sede del Papado cuya oposición a los estudios religiosos ha sido siempre implacable, y que si esta oposición fué ejercida directamente y sin reparos durante los gobiernos reaccionarios, no lo fué menos, aunque indirectamente, en la época de los gobiernos liberales. La presión electoral del Vaticano ha sido siempre el terror de los gobiernos masónicos.

Por otra parte, ni la historia argentina ni la de España pueden ser comprendidas debidamente de no tener en cuenta en ellas, pero en forma realmente científica, el factor religioso. En la historia de España el problema de las herejías, y en la historia argentina el complejo fenómeno de la disidencia religiosa que surge y se pronuncia netamente en la Colonia, hace crisis en la Independencia y tiene su hombre representativo en el genial Ramos Mexía, son elementos de comprensión básicos, de los cuales no es ya posible prescindir. Y además: está bien imitar las instituciones norteamericanas, pero hay que comprenderlas previamente. Y para

ello es indispensable comprender el *substratum* religioso que las inspiró, las organizó y las mantiene. Está bien proclamar nuestra admiración por las democracias anglosajonas; pero estas democracias han sido la resultante de la crítica religiosa la cual formuló el explosivo que hizo estallar las Revoluciones británicas y americana como consecuencia de la Reforma en sus dos ramas, la luterana y la calvinista, y como antecedentes de la Revolución francesa y de la social en ciernes. Podrá ponerse en duda la eficiencia del factor económico en su valoración marxista; pero nadie impugnará la acción que en la historia de nuestra humanidad occidental ha ejercido esta idea-fuerza insistente, pertinaz, incansable en el proceso evolutivo de la sociedad, que se encarna en el factor religioso y que brota y retoña sin cesar en el sucederse de las generaciones. Para los americanos hay un motivo particular de interés en el estudio de la Historia de las Religiones. Y es que por ella se comprueba como el origen de la civilización universal estriba en la Religión solar de la que los americanos han sido inventores y propagandistas tenaces. La ciencia religiosa nos ha dado la clave del significado astronómico-religioso de los monumentos de la América precolombina; ayer nos explicaba los grabados de nuestras grutas cordobesas; hoy nos revela el misterio del monolito de Tiahuanaco, manifestación estupenda del arte y de la ciencia religiosas de las poblaciones americanas primitivas.

Y entiéndase bien: la Historia de las Religiones, como toda historia bien trabajada, no es saber académico ni erudición muerta ni tema de cenáculo. La Historia de las Religiones es materia viva y palpitante en todos los problemas actuales. En Rusia, por ejemplo, para trastocar el espíritu y la mentalidad secular de una raza no se halló otro medio que enseñar la ciencia de la Religión: es lo que llaman los adversarios del régimen soviético "enseñar el ateísmo". Lo mismo ha hecho la Revolución francesa con sus enciclopedistas, la Reforma con sus críticos bíblicos, el Renacimiento con sus humanistas, la filosofía griega con sus sofistas, el pensamiento primitivo indo-germánico con su escuela jonia. Hemos aludido al factor religioso como explicación de la lógica

interna en la acción política de las revoluciones europeas. De idéntica manera podríamos referirnos al mismo factor como la lógica que armoniza esas revoluciones también en su acción espiritual. ¿Quién no reconoce en la doctrina socialista una idealización marxista del pensamiento hegeliano, y en el comunismo ruso y en el fascismo italiano una realización del mismo pensamiento? Pues bien: si el pensamiento hegeliano se vincula estrechamente al kantiano en la reelaboración de Fichte y de Schelling, ¿cómo puede concebirse a Kant sin la escolástica, la escolástica sin Aristóteles, Aristóteles sin la formidable eclosión del pensamiento jonio del siglo VI? Hegel es todo un filósofo griego de la gran época. Su conocimiento profundo, inmediato, de primera mano de la filosofía griega de la era clásica, explica el "devenir" de su sistema al través de los otros sistemas. Se ha dicho que el sistema de Hegel es el de Spinoza refundido en Kant, pero más exacto habría sido decir que el sistema de Hegel es el Idealismo de Heráclito expresado en términos de la especulación actual; es la crítica religiosa puesta como base de la filosofía y de la Historia.

La Religión, siempre la religión como problema y como guía. Su estudio es como la brújula que en el mar bravío de la historia nos señala el norte de la verdad. De la verdad y de la libertad, porque verdad y libertad son términos correlativos. Sigamos su rumbo a través del misterio sin fin. Por él hemos de llegar, tarde o temprano, a las regiones serenas en las que la crítica religiosa podrá desenvolverse, como las demás ramas del saber, en toda su posibilidad, libre al fin de la coacción dogmática y del recelo reaccionario.

Clemente Ricci.